ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN
OCHO RELATOS DE HUMO + R

OCHO RELATOS DE HUMO + R

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN

©: Ángel Menduiña Iribarren

Publicación independiente

Depósito Legal: D 626–2023

Publicado en ebook: 2023

1ª edición impresa: 2023

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN nació en Donosti-San Sebastián (Gipuzkoa) el 24 de septiembre de 1961. Ha publicado tres cuentos de ficción juvenil titulados *El tren de los garbanzos* (2011), *Misterio en la vieja mansión* (2012) y *Muertos que alumbran* (2020).

También ha publicado un libro de relatos de misterio para adultos titulado *¿Qué está pasando? Relatos Breves de misterio (2007-2021).*

En poesía ha publicado tres libros: *Tiempo de hielo* (1983-2010), *Cicatrices* (2013-2019) *y Al viento* (2020-2023).

Todos sus obras se hallan actualmente disponibles en Amazon, tanto en tapa blanda como en formato ebook.

Desde que comenzó a escribir, en 1983, ha recibido varios premios y menciones en diversos certámenes

literarios y ha participado en numerosos revistas y antologías literarias junto a otros autores.

Todo lo que soy se lo debo a mi bisabuelo. Fue un gran hombre. Si aún viviera el mundo entero hablaría de él. ¿Qué por qué…? Porque si estuviera vivo tendría 140 años.

GROUCHO MARX

ÍNDICE

EL *MATAPATOS* 11

HONORATO Y LA MANCHEGA..... 17

¡VAYA PAR DE COLEGAS! 29

LA SEÑAL 47

LOS OTROS *MATAPATOS*..... 57

EL CONDE DE *MONTACRISTOS*..... 69

LOS *COLOCAOS*..... 79

EL JUICIO 91

EL *MATAPATOS*

EL *MATAPATOS*

Aquella mañana amaneció espléndida. Uno de esos días radiantes de sol, sin apretar demasiado el calor, que incluso invita a ponerse una chaqueta o un jersey cuando el gran astro se pone, a última hora de la tarde. No lo dudé. Me había levantado temprano, y tras desayunar, decidí volver a remontar esa hermosa loma que se elevaba a pocos kilómetros de mi casa, y que servía de esparcimiento y recreo a todos los que vivíamos por los alrededores.

Se trataba de una pequeña colina, a modo de parque, de no más de trescientos metros de altitud, inundada de árboles y vegetación, y con unas espléndidas vistas al mar desde su cima. Patos y pavos, entre otra gran variedad de aves y animales, compartían con los humanos los senderos que ascendían suavemente hasta su cumbre.

Subí pausadamente, con lentitud. Disfrutando de cada paso, de cada árbol o pájaro que aparecía en cualquiera de los dos lados del camino. De pronto, surgió ante mí de manera imprevista aquel horrendo espectáculo. Al principio no pude darle crédito. Debía encontrarme ante una macabra broma, ante un muñeco en forma de pato, que con la cabeza seccionada sobre un gran charco rojo, aparentemente de sangre, se interponía en la vereda. Pero no podía ser verdad. ¿Quién podía haberse atrevido a semejante aberración? Sin embargo, no tardé en cerciorarme de que no se trataba de ninguna broma. La visión era auténtica. No fui capaz más que de desviar la mirada hacia el lado opuesto y acelerar la marcha para alejarme de allí lo antes posible, sin poder quitarme la escena de la cabeza. Apenas tuve tiempo de explayarme en suposiciones. Unos pasos más adelante el cuadro se repitió, esta vez por partida doble. Otros dos animales yacían junto a la pista en circunstancias similares. No me lo podía creer. ¿Quién habría sido el desalmado?, ¿y por qué?, aunque el porqué, sin duda, obedecería a alguno de esos raros desórdenes psicológicos que en ocasiones afectan a ciertas personas, y que en nuestra

ignorancia o ingenuidad, difícilmente llegamos a imaginar, y mucho menos a comprender.

Poco después, el tétrico descubrimiento de un hermoso pavo real entre verde y azul, decapitado con idéntico salvajismo, me hizo reaccionar con cierta vehemencia:

–¡Quién habrá sido el *hijoputa*! –me salió del alma en voz alta.

En ese momento, de entre unos matorrales que se hallaban a mi derecha apareció de forma violenta un tipo que se encontraba justamente allí haciendo sus necesidades menores, y del que yo no me había percatado. Era un hombre de mediana edad, de complexión fuerte y mirada desafiante.

–¡Te voy a matar, cabrón! –amenazó, acercándose hacia mí.

–Disculpe si se ha sentido aludido –respondí. No me refería a usted, sino al malnacido que ha hecho esto con los animales. Porque hay que ser asqueroso, *hijoputa* y criminal para actuar así.

–¡Te voy a matar, cabrón! –repitió encolerizado mientras aceleraba el paso en dirección a donde yo me encontraba.

En ese preciso instante me hice absolutamente consciente de todo cuanto estaba aconteciendo, y mirando fijamente a sus desorbitados ojos, afirmé con voz temblorosa:

–¡Joder, si es usted el *matapatos…*!

–¡Soy tu puta madre, cabrón! ¡Ven aquí, que te voy a matar!

HONORATO Y LA MANCHEGA

HONORATO Y LA MANCHEGA

Honorato descendió del tren con un gesto muy malhumorado; no daba crédito a la situación que desde hacía seis meses se había enquistado en el inicio de su rutina diaria, y que se le había vuelto ya insoportable.

–¡Me cago en el destino! –balbuceaba–. ¡Yo, Honorato Sánchez Salgado, me cago en el destino, y como que hay dios que lo cambio!

Honorato era un hombre de mediana edad. Tenía cuarenta y ocho años, y llevaba once cogiendo cada día el mismo tranvía. Ese que partía de la localidad en la que residía a las siete y media de la mañana, y le transportaba después de un trayecto de apenas cuarenta minutos al pueblo en el que trabajaba como operario en una empresa maderera.

Se consideraba agraciado por tener el turno matutino, pues saliendo del trabajo a las 15:30 horas, comía de menú en un restaurante obrero cercano a la fábrica, y aún le quedaba tiempo para sacarle, como él decía, petróleo a la tarde. Disfrutaba plenamente de todas sus aficiones, y como además era un hombre soltero, carecía de obligaciones familiares que le restasen tiempo para poder realizarlas. Sin embargo, ese lunes resolvió dar un giro de 180 grados a su situación.

Todo se inició seis meses atrás, cuando en el mismo convoy que le trasladaba hasta su trabajo comenzó a subir diariamente una mujer vestida de negro, extremadamente anciana. Podría aparentar con facilidad al menos cien años. Su rostro estaba increíblemente arrugado, sus ojos, hundidos de forma exagerada, y sus mandíbulas, desdentadas y en constante movimiento, como si nunca cesaran de masticar, le daban una apariencia de inusitada delgadez. Se la conocía por el sobrenombre de la Manchega, en razón de su origen, y viajaba acompañada de otra mujer muy gruesa, de unos cincuenta y cinco años, que era su hija Jacinta, y por el marido de esta, don Arturo, un

sesentón de baja estatura y muy poco agraciado físicamente que casi siempre permanecía callado, como si consciente de su desaliño, quisiera pasar desapercibido. Acudían a trabajar a un pueblo situado dos estaciones más allá de donde descendía Honorato, y llevaban a la anciana a un centro de día para personas mayores situado en dicho pueblo.

Tras tomar asiento al lado de Honorato, la anciana, levantando su mano derecha, masculló de forma ininteligible:

–¡Un chiste, un chiste! –y de su boca surgió una verborrea casi incomprensible.

Honorato se quedó perplejo. Inmóvil. Sin saber qué hacer ni qué decir. No había entendido absolutamente nada. Ante esto, Jacinta le instó:

–¡Ríase, por favor! ¡Ríase! Sígale el juego, que le hará mucha ilusión.

El hombre, dándose cuenta de la situación, emitió una serie de carcajadas forzadas a las que se unieron a coro las de los dos familiares de la Manchega,

que con gran satisfacción ante esta respuesta entusiasta, se apresuró a insistir:

–¡Otro chiste, otro chiste!

La historia se repitió, no una ni dos veces, sino decenas de veces en decenas de días, pues en cuanto le veían subir al tren, acudían presurosos hasta los asientos contiguos al suyo arrastrados por la vieja.

Además, Honorato, no solo debía cargar con eso. Tenía que soportar las indiscretas burlas de un hombre algo más joven que él, trajeado, con aire de ejecutivo, que acompañado de su inseparable maletín negro se sentaba cada mañana muy cerca de ellos, como no queriéndose perder el espectáculo.

Honorato intentó más de una vez, aunque con escaso éxito, desviar la rutinaria dinámica de la Manchega hacia dicho pasajero.

–¡Fíjese en la pinta que tiene el financiero ese!

Pero no obtenía más respuesta de la mujer que su temida proposición.

–¡Otro chiste, otro chiste!

No se pueden ni imaginar el desgaste psicológico que con el paso del tiempo provocó esta situación en Honorato. No era capaz de negarse a seguirles el juego, y la ansiedad que le provocaba el sentirse obligado a fingir aquella risa falsa, había llegado a tal extremo que se le hacían más insoportables los cuarenta minutos de trayecto que las siete horas de su jornada laboral.

La gota que colmó el vaso se produjo esa misma mañana, cuando Honorato vio a Jacinta en el andén de la estación hecha un mar de lágrimas y vestida de riguroso luto. Recibía las condolencias de algunos conocidos. Honorato se acercó a ella.

–Lo siento mucho. Recibas mis condolencias. Consuélese con la idea de que la pobre vivió más de lo que vamos a vivir nosotros.

–No –respondió Jacinta–. Si el que se murió el sábado de forma repentina fue mi marido. Mi madre está sentada en el tren. Suba y hágale un poco de compañía.

Honorato accedió al vagón convencido de que aquel sería el último viaje en el que tendría que aguantar a la Manchega, a su hija y al financiero.

Llegó a la empresa decidido a cambiar su suerte con aquella resolución que había ido madurando por el camino. Subió a las oficinas y solicitó que se le tramitara a la mayor urgencia un cambio de turno.

–A partir de mañana mismo, si puede ser –suplicó.

No hubo problemas en satisfacer su petición, pues los candidatos a trabajar en el turno de mañana eran bastante más numerosos que los de tarde, y aunque tendría que reorganizar su vida e incluso renunciar algunas actividades, al menos acabaría definitivamente con esa pesadilla que le estaba atenazando durante los últimos meses.

«Todo será cuestión de acostumbrarse», se consoló.

Honorato subió al tren el primer día de su nueva jornada. Le parecía increíble la paz que se respiraba en

el interior del convoy. Apenas una ocupación del 25% y un silencio casi absoluto. El trayecto se le hizo extremadamente corto en comparación con el de los días precedentes. Algo más pesada se le hizo la jornada de trabajo.

«Será cuestión de acostumbrarse», se volvió a repetir a sí mismo.

Tomó el tranvía de regreso sobre las 22:30 horas, pero entonces: «¡Santo dios! ¡No puede ser verdad! ¡Tiene que tratarse de una pesadilla!».

Del otro extremo del vagón escuchó la inconfundible y execrable voz de la vieja que jalando de su hija se acercaba hasta él gritando:

–¡Amigo, un chiste, un chiste!

–¡La concha de la madre que las parió! ¡Mire! –¡respondió encolerizado–. ¡Ni soy su amigo ni me interesan una mierda sus horribles chistes! ¡Vayan a amagarle la vida a otro imbécil! ¡Que haya tenido que cambiar mi turno para esto! ¡A la gente como ustedes no tendrían que dejarle ni salir de casa!

La Manchega y su hija se quedaron atónitas ante la volcánica reacción de Honorato. Tras unos segundos de confusión, la anciana balbuceó con jocosidad –¡otro en el bote, otro en el bote!, –y desaparecieron de la vista de Honorato.

No tardaron mucho en recuperarse anímicamente de su rechazo, pues dos días más tarde Honorato oyó cómo a unos metros de él su misma historia se repetía con algún otro infortunado.

Los días transcurrieron sin mayor novedad, hasta que pasados tres meses Honorato escuchó una fuerte algarabía, no exenta de palabrotas y juramentos, en otro vagón contiguo al suyo. Giró la cabeza y reconoció la detestable voz de la Manchega gritando con aire victorioso:

–¡Otro en el bote, otro en el bote!

Una vez bajaron al andén, se acercó a ellas y les espetó:

–Ya veo que tienen otra pobre víctima en su haber. –¡Quién habrá sido el desgraciado…!

La Manchega rompió en una impresionante carcajada mientras se jactaba llena de alborozo:

–¡El financiero! ¡El financiero!

–Honorato esbozó su primera sonrisa sincera desde hacía mucho tiempo, y desde lo más hondo de sí, pensó: «¡Que le den por culo al financiero! ¡Por *hijoputa*!».

¡VAYA PAR DE COLEGAS!

¡VAYA PAR DE COLEGAS!

Serían poco más de las diez de la noche, cuando en un compartimento del expreso Irún-Alicante coincidieron los dos excompañeros.

–¡Uy! ¡Pero si tú eres Luis! ¿Me equivoco?

–No. No se equivoca, pero ¿usted quién es? Ahora mismo no caigo.

–Yo soy Antonio. Estudiamos juntos toda la secundaria. ¿No te acuerdas?

–¡Joder, tío! ¡Es verdad! ¡Si estás igual, igual! Pero dime, ¿qué es de tu vida?

–Ahí ando. La verdad es que no se puede decir que haya tenido mucha suerte. Siempre a salto de mata.

–¿Fuiste a vivir al campo o qué?

–No. ¿Por qué lo dices?

–Lo digo por lo de las matas.

–Déjalo –se rindió Antonio, acordándose de cómo ya en la mili su compañero sufrió un arresto por no haber sabido interpretar correctamente la frase de su capitán: «No dejen ningún cabo suelto»–. ¿Y tú qué?, ¿conseguiste trabajo? –se interesó.

–Bueno, alguna cosa hubo. Estuve algún tiempo embarazado…

–¿Cómo dices? –interrumpió sobresaltado Antonio.

–Quiero decir que estuve trabajando en un bar.

–¡Ah! –se tranquilizó el otro. Quieres decir que estuviste en un bar enzarzado. Pero sigue contando…

–Después hice de todo: extra de cine, mozo de carga… Tirando como he podido.

–Pues yo he andado parecido. Eso sí. Elaboré un plan, que a punto estuve de entrar a trabajar de contable en una empresa.

–¿Tú de contable? Cuenta, cuenta…

–En la puerta del local donde se celebraba el examen, coloqué un letrero anunciando que la prueba se había trasladado a otra dirección. Y en ese otro punto, un compinche mío iba comunicando a los que llegaban: «Señoras y señores, como hemos tenido que cambiar el lugar del examen a última hora, y puede haber gente despistada, hemos resuelto retrasar el ejercicio dos horas; así que les recomiendo que se vayan a tomar un café antes de iniciarlo». Y, mientras todos se tomaban ese café, un miope, que no vio el letrero, y yo, nos presentamos a por el puesto de contable.

–¿Y qué pasó?

–Que una pregunta decía: «¿Qué es abonar?». Y yo puse que abonar era echar abono; y claro, le dieron el puesto al miope.

–¡Jo, qué burrada! ¿Cómo pudiste decir que echar a Bono? ¡Está claro que si te metes en política…! El caso es que yo también tuve mi oportunidad –explicó Luis–. Leí en el periódico un anuncio que decía: «Mándeme treinta euros, y le diré cómo hacerse millonario». Envié los treinta euros al apartado de correos señalado, y al poco tiempo recibí una nota que me indicaba: «Haga lo que yo».

–¿Y lo hiciste?

–Pues me dije: «¿Por qué no? Si a este imbécil le ha funcionado, a mí, por qué no».

«Pues porque tú eres todavía más imbécil», pensó para sí Antonio.

–Así que alquilé un apartado de correos y me puse manos a la obra.

–¿Y te contestó mucha gente?

–La mera verdad, no lo sé. Debí poner mal el número de apartado en el periódico.

–Perdona que te lo diga, Luis, pero tú y yo somos dos cenizos redomados. Fíjate. Hubo una temporada en la que me dediqué a colocar carteles publicitarios en la calle; y en cierta ocasión, una empresa que se dedicaba a lo mismo, tapó con los suyos todos los míos. Mi cliente no me pagó un euro por aquel trabajo, y yo juré vengarme de aquella empresa. Pasadas unas semanas los vi trabajando junto a una pared. Aprovechando que tenían la furgoneta abierta, les sustraje de ella todos los carteles, y posteriormente les mandé un anónimo diciéndoles que si los querían recuperar, me tendrían que pagar los trescientos euros que yo había dejado de cobrar por su culpa.

–Pero al cobrar te exponías a hacerlo en otro tipo de moneda, ¿no?

–No. Porque yo tenía un plan perfectamente elaborado. Les decía en la nota que dejaran el dinero un día concreto y en un libro concreto de la Biblioteca Municipal. Por supuesto, el libro seleccionado era el más raro que te puedes imaginar, para que nadie lo

cogiera antes que yo: «La arquitectura mesopotámica en el siglo L a. C.».

–Ya –interrumpió Luis–. Pero ese día estarían vigilando el libro…

–¡Que no! ¡Que no! ¡Que el plan era perfecto! Yo no aparecí en la biblioteca hasta que esta estuvo ya cerrada. Entonces llamé a la puerta y pedí permiso para entrar un minuto con la excusa de haber olvidado unos apuntes…

–¡Jo, tío, no te creía tan inteligente! ¿Y cobraste el rescate?

–¡Qué lo voy a cobrar, si con todo lo raro que era el libro, lo acaban de prestar esa misma tarde!

–¡Si ya lo decía mi madre…!

–¿Qué decía tu madre?

–«Estudia arquitectura, que eso sí que deja dinero».

–¿Y la estudiaste?

–No. Estudié algo de electricidad, y me presenté en una casa en la que buscaban un linternero. ¿Pues te quieres creer que en aquella casa no había más que grifos goteando y ninguna linterna?

–¿Y no le dijiste nada a la dueña?

–Yo le preguntaba: «Señora, ¿dónde están las linternas?». Y ella me respondía: «¡¿Es que no tienes ya bastante luz, desgraciado?!». Y como no nos entendíamos, tuve que dejar el trabajo.

–Algo parecido me sucedió a mí –corroboró Antonio–. Me presenté a un trabajo en el que solicitaban fresadores; pero allí no había ni una jodida fresa. Solo máquinas y piezas de metal. Vamos, que lo dejé el primer día.

–Pues mira –repuso Luis–. Yo ayer mismo renuncié a mi último empleo.

–¿Y eso por qué?

–Porque era para un puesto de carga y descarga en el muelle, y me comunicaron que tenía que llevar

un buzo. Y yo me dije: «Si hay que tirarse al agua, que le den por saco». Y ni me presenté.

–Sería por si se caía algún paquete. Y a propósito, ¿te casaste?

–Con esta vida que he llevado y con los precios de los pisos, ¿cómo me iba a casar? ¿Y tú?

–Es verdad –respondió Antonio, mientras pensaba: «Pero sobre todo con lo antiestético que eres»–. Yo tampoco me casé; pero estuve a punto de hacerlo. Tenía novia y todo, pero el primer día que tuvimos relaciones, me dije: «O tiene más pelos que una mona o esto no es una tía».

–¿Y qué era?

–Un guardia municipal de Ciempozuelos.

–Salió Luis al pasillo, tratando de disimular la risa, y entrando de nuevo al compartimento, anunció:

–Me parece que viene el revisor. ¿Sabes a quién se parece?, a don Matías.

–¿A qué don Matías?

–¿Cómo que a qué don Matías? ¡Pues al director del colegio!

–¡Si el director del colegio se llamaba don Joaquín!

–¿Pero tú a qué colegio fuiste?

–Al mismo que tú, ¿no?, al Corazón de María.

–¡Si yo fui a La Salle! ¿Tú no eres Antonio Pérez?

–¡Qué va! Yo soy Antonio Ruiz. ¿Y tú no eres Luis Sáez?

–No. Yo soy Luis Medrano.

En aquel momento interrumpió el revisor:

–¡Billetes, por favor! –y tomando el de Luis, aseveró:

–Me temo que se ha equivocado usted de tren. Este va a Alicante, y no a La Coruña.

–¡Es que así no se puede! –bromeó Antonio–. ¡Hay que fijarse bien antes de subir! ¡No se pude montar uno en el primer tren que ve! Luego pasa lo que pasa. ¡Mira el mío! ¿Qué dice?: A-L I-C A N-T E, deletreó con sorna.

Tomó el revisor su billete, y le dijo:

–Señor. ¡Pero si su tren era para el día 20, y hoy es 21!

Unas horas después, los dos amigos paseaban por los andenes de la estación de Pamplona. A la mañana siguiente, tal y como les había indicado el revisor, debían acudir a la ventanilla con sus respectivos billetes para solventar los inconvenientes surgidos.

–La cosa es que desde hace un par de años me encuentro un poco deprimido y tengo algunos problemas con las tripas –confesó Luis a su amigo.

–¿Y qué te dice el médico?

–El psiquiatra me dice que estoy deprimido por esos problemas estomacales que arrastro.

–¿Y el del estómago?

–Es una doctora, y me dice que tengo problemas estomacales porque estoy deprimido.

–¿Y no le explicaste de nuevo al psiquiatra?

–Sí, comencé a hacerlo; pero me corté porque ¡estaba con un genio...!

–¡Joder, pues haberle preguntado al genio! Seguro que te lo hubiera solucionado.

–Mira, en aquel momento no se me ocurrió la idea…

–Yo también tuve mis problemas con un supuesto experto financiero –apuntó Antonio–. Junté unos ahorrillos de doce mil euros, y este experto, al que nunca olvidaré porque era bizco, me recomendó que los invirtiera en acciones de la Telefónica: «Ahora es el momento», me aseguró: «Si no se doblan en un año, me saco el ojo que me queda». Le hice caso, y vino toda la crisis de las empresas tecnológicas, y al fi-

nal solo pude recuperar tres mil euros de toda la inversión.

–¿Y el experto?

–Ahora vende cupones de la ONCE.

–Yo de la bolsa no me fio –replicó Luis–. Pero fíjate. Una adivina me ha dicho que estas navidades va a caer el gordo en La Coruña en un número terminado en seis, y a eso iba.

–¿Y tú crees en eso?

–Ya lo creo. El año pasado soñé que compraba lotería en un estanco de mi barrio.

–¿Y te tocó?

–No. Pero la compré. Soñé que la compraba, y la compré.

–Yo nunca he creído en esas cosas. Siempre me decía que si uno quería ser algo en la vida, tenía que apuntarse a unas oposiciones y estudiar duro.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Porque me lo decía, pero nunca me escuchaba.

–¿Y ahora?

–Ahora sí. Con el tiempo uno madura y aprende a escuchar a los demás, y a escucharse a sí mismo, que es más importante.

–¿Y entonces, qué?

–Que ahora ya no me lo digo.

–Pues yo de joven siempre procuraba escuchar a mis mayores.

–Hombre, yo también. A mí me decían: «A las diez en casa», y a las diez menos cinco estaba allí como un reloj. Claro, que del día siguiente…

–Volviendo al tema de los misterios –retomó Luis–, algo tiene que haber; mira, cuando era pequeño me tragué accidentalmente una moneda de un duro, y a los dos o tres días, al hacer de vientre, en vez de echar el duro, eché una peseta.

–¿Y eso te extraña? Sería por la inflación. ¡Como tardaste tanto tiempo en cagar...! A mí lo más raro que me ha pasado fue un día muy caluroso; a la noche abrí todas las ventanas de mi casa para que se refrescara y, mientras lo hacía, mentalmente, me dije: «Que corra el aire», y justo en ese momento oí que en la televisión alguien decía esa misma frase. Siempre he tenido la duda de si fue casualidad o hubo algo más.

–Eso no es nada. Yo una vez en un partido de fútbol grité: «¡Gol!», y treinta mil personas gritaron: «¡Gol!» al mismo tiempo.

–¡Y eso ¿qué tiene de raro?, si fue gol...!

–No hubiera tenido nada de raro de no ser porque estábamos en el descanso.

–Bueno, al final tampoco ha sido para tanto. En una hora nos cambiarán los billetes y santas pascuas.

Luis, que llevaba un rato pensativo, repentinamente soltó un alarido:

–¡Maldición! ¡Todo me tiene que pasar a mí! ¡Me he dejado el billete en el tren!

–¡Ja, ja, ja! –rio triunfal Antonio–. ¡Que no se puede andar así por la vida! –y mostrando el suyo a su amigo, comenzó a deletrear con la misma sorna que la noche anterior–, ¿qué pone aquí?: L A-C O-R U … ¡Me cago en la leche…! ¡Algo ha *pasao*!

LA SEÑAL

LA SEÑAL

En la cama de un centro hospitalario, Venancio se dirigía suplicante a su moribunda madre:

–Madre, usted no se olvide de mandarme una señal. Por favor se lo pido. De lo contrario no podré quitarme este miedo tan horroroso que tengo a morirme.

–¡Que sí, hijo, que sí! Tú, tranquilo, que yo te mando las señales que sean necesarias. Bueno, si me dejan. A saber cómo está organizado todo aquello…

–No empiece a poner pegas, madre. Usted me manda la señal sí o sí. Que aquí siempre se las arregló para salirse con la suya.

–¡Ay, dios mío! ¡Déjame morir en paz, Venancio! Yo te mando lo que sea, de verdad te lo digo, pero déjame en paz. ¡Ay, qué sufrimiento con este hijo! ¡Has-

ta el último minuto dando por saco! ¡Qué bien estabas cuando no estabas! ¡Si algo voy a ganar con esto, es perderte de vista! ¡Atontado, que estás atontado! ¡Ay…!

–Usted insulte lo que dé la gana, pero sobre todo no se olvide de la señal. Tenga un poco de compasión. Recuerde que antes siempre me decía que yo era su príncipe, su Borbón…

–¡Pero qué príncipe ni qué Borbón! Lo que te decía era que eras mi borrón, ¡MI-BO-RRÓN! ¡A ver si te enteras de una vez...!

–¿Y qué más da, madre? Se lo suplico, no me deje así en este trance.

–¡Me quieres dejar morir en paz, o no me muero, leche! –amenazó la madre, incorporándose con vehemencia de su lecho.

–¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Usted cumplió noventa y ocho años, y llegó su hora de descansar. Yo ya tengo setenta y seis. A mí tampoco me queda mucho tiempo, y tiene que mandarme la señal antes de que eso

suceda. Faltaría más. Ni se le ocurra morirse después que yo. Antes…

–¿Antes, qué…? ¿Qué ibas a decir? ¡Mal hijo! ¡Que eres un mal hijo!

–Antes, nada, madre. Que antes he visto que llevaban por el pasillo a una mujer con un biombo.

–¡Con un biombo no, imbécil; con un bombo!

–Muy bien, madre, con un bombo; pero vuelva a acostarse y quédese tranquila. No la molestaré más con la señal que me tiene que mandar. Porque no me joda…, me la tiene que mandar.

–¡Que sí, que sí! –repitió la madre mientras se volvía a introducir en la cama–. ¡Santo dios, dame paciencia con este hijo! ¡Pero qué he hecho yo para merecer este castigo! ¡Si me lo hubieran dicho antes de ir a parir…!

–¡Ah! ¿Pero ha estado usted también en París? Nunca me lo había dicho, madre.

–¡A París, no, a parir! ¡Que no te enteras de nada, zopenco!

–Bueno, madre, dejémoslo, y repita conmigo: La señal, la señal, la señal… Que su último pensamiento antes de morir sea la señal que me tiene que mandar. La señal, la señal, la señal…

Y así, repitiendo esa palabra, a los pocos minutos, Severiana, la madre de Venancio, expiró en la cama de aquel hospital.

Durante los días siguientes al fallecimiento de su madre, Venancio andaba con los cinco sentidos puestos en todo cuanto acontecía a su alrededor, a la espera de la ansiada señal que confiaba recibir de su madre.

Una mañana, antes de levantarse, oyó desde la cama un timbrazo en la puerta de su casa. Se levantó tan rápido como pudo, y tras calzarse y ponerse un albornoz por encima del pijama, se dirigió hacia la puerta, abriéndola con sigilo. Sin embargo, no encontró a nadie al otro lado.

«¿Pero cómo puede ser?», se preguntó a sí mismo. «Si he oído el timbre con toda claridad…».

De pronto, se acordó de la promesa hecha por su madre, y razonó en voz alta:

–¡La señal! ¡Tiene que tratarse de la señal! ¡Gracias, madre! –gritó, mirando al cielo–. ¡Me ha quitado usted todos mis miedos de un plumazo!

Pero no le duró mucho esta seguridad, pues según iban pasando las horas, comenzó a poner en duda sus propios convencimientos: «Tal vez haya sido algún vecino o algún comercial que se haya ido por haberme demorado yo demasiado en abrir la puerta. No. Esta señal no me sirve. No es concluyente. Tendré que seguir atento. Mi madre no me fallará».

Otro día, yendo en el autobús junto a una pareja de enamorados, escuchó cómo él le repetía a ella:

–¡Ay, vida! ¡Ay, vida!

De pronto se encendió una luz en el intelecto de Venancio: «¡Hay vida! ¡Hay vida!», se repetía mentalmente. «Claro, es la señal de mi madre: ¡HAY VIDA!

Esto sí que es concluyente», intentó convencerse. Aunque según pasaba el tiempo, este convencimiento, tal y como le sucedió la vez anterior, comenzó a resquebrajarse con el peso contundente del pensamiento lógico: «No me sirve. Lo que ese muchacho enamorado decía a su amada es: "¡Ay, vida!". Algo lógico entre enamorados. No. Definitivamente, esto tampoco es una señal. Tendré que seguir atento a los pequeños detalles».

Así, y según pasaban los días, fue desechando una tras otra todas las presuntas señales, que si en un principio le parecían tales, el tiempo y una nueva reconsideración más racional de los hechos, le llevaban siempre a descartarlas como la prueba concluyente de la vida eterna que esperaba obtener de su madre.

Una tarde, Venancio recibió en su casa a través de una empresa de transportes un gran paquete sin remitente. Después de firmar la nota de entrega, se dirigió extrañado a la sala de estar. No podía ni imaginar de qué se trataba, pues no recordaba haber hecho recientemente ningún pedido a ninguna compañía. Tras rasgar, no sin dificultad, con una tijera el envolto-

rio de cartón que lo protegía, descubrió muy sorprendido su contenido.

Aquello, indudablemente, sí que se trataba de una señal con todas las de la ley. Una señal de dimensiones reglamentarias, incluido su poste de sujeción. Esta:

STOP

LOS OTROS *MATAPATOS*

LOS OTROS *MATAPATOS*

Era una mañana de primavera. Salí temprano con la intención de dar un paseo por el barrio antes de comer. Entré en una librería cercana para comprar el periódico. La dependienta, haciendo gala de su habitual amabilidad, me ofreció un obsequio.

–Tenga. Hoy con el periódico se regala esta película infantil. Sé que les encantará a sus hijas. El único problema es que está subtitulada.

–Gracias. Pero entonces, no se moleste. A mis hijas les gusta verlas dobladas.

–Bueno, mientras ellas se sientan cómodas, que las vean como quieran.

Minutos después percibí un gran alboroto cerca de un supermercado. Me acerqué con la intención de averiguar qué estaba ocurriendo, y observé a dos hombres enzarzados en una discusión. Uno de ellos, el más joven, llevaba un pato en sus brazos.

–¡Por mis muertos, que me cargo al pato! ¡Menudo *hijoputa* de bicho! –gritaba con ese acento con el que se expresaban los jóvenes pasotas en los años ochenta.

–¡Que no se te ocurra tocarle un pelo, o vas directo a la policía! ¡Qué te habrá hecho a ti el pobre animal…!

–Querrá decir usted una pluma –intervine yo casi sin darme cuenta.

–No se haga usted el gracioso –me respondió el hombre que amenazaba con llamar a la policía–. Que la cosa es más seria de lo que parece.

–Chico, ¿qué es lo que te ha hecho a ti el pato, para que quieras matarlo? –pregunté.

–¿Que qué me ha hecho el *hijoputa*? Que se ha zampado unos cacahuetes que guardaba en la mochila.

–Si tan solo es eso –concluyó el otro hombre–, toma dos euros y cómprate un paquete; pero suelta al animal.

–¡Guay! Ahora mismo voy a dejarlo al parque donde lo cogí.

Tomó el joven los dos euros y se alejó del lugar con el pato en sus brazos. Lo seguí durante unos minutos, pero lejos de dirigirse a ningún parque, se detuvo en las puertas de otro establecimiento en donde se repitió de forma calcada el incidente, esta vez con una mujer de mediana edad.

Pasado un tiempo en el que se reprodujo por dos veces más la misma historia, me acerqué a él y le espeté:

–¡Menudo negocio tienes tú con el pato!

–¡Ya te digo!

–A mí no me parece mal que cada uno se busque la vida como pueda, pero no vayas a hacerle daño al animal…

–¿Yo, hacerle daño al pato? ¡Pero si le quiero más que a mi piba! A mí este pato me ha dado más prestaciones que el SEPE. Antes me muero que matarlo. Por eso, quédate *tranqui*, colega.

Meses más tarde volví a tropezar con el muchacho, esta vez sin el animal, y me dirigí a él queriendo saber:

–Oye, qué pasó con el pato, ¿por fin lo mataste, o se te murió solo?

–¡Qué va, tronco! Si me lo requisó un *munipa* acusándolo de cómplice de estafa. ¡No veas tú la movida!

–¿Y qué hizo con él?

–Se lo llevó a un estanco y…

–Querrás decir a un estanque.

–No, *tío*, no. A un estanco. Es que quería comprar primero unas cigarras…

–Perdón, querrás decir unos cigarros.

–¡Joder, macho, que no das una! Unas cigarras de juguete que le molaban a una niña pequeña que tenía.

–¿Y qué pasó?

–Que al ir a pagar, dejó al pato en el suelo, y alguien abrió la puerta del establecimiento en ese preciso instante, y el colega aprovechó justo ese momento para escaquearse.

–¿Y no te fijaste para dónde fue?

–Sí. Se metió en una furgoneta de reparto de frutos secos. ¡Ni te cuento los estragos que pudo causar allí dentro! ¡Con lo que le molaban al pobre!

–Ya me lo imagino.

–Bueno, y ahora ¿cómo vives?

–De milagro, tío. Porque hace un momento, al pasar la carretera, un *pirao* se ha saltado un disco en rojo justo cuando yo cruzaba, y casi me afeita el bigote.

–No; si me refiero a cómo te ganas la vida.

–Pues ya ves, aquí *colgao*. Yo, teniendo mi papeo y mi priva, como un señor. Pero sin el pato, un poco chungo, ¿sabes?

–¿Por dónde vives? –me interesé–. Tal vez pueda hacer algo por ti.

–Justo aquí mismo. En ese portal rojo, en el cuarto.

Una semana después, visitando una feria en una localidad cercana a donde residía, vi que casualmente vendían patos, y decidí comprar uno para restituir al joven su modus vivendi. Pero por más que pregunté en el cuarto piso del portal que me indicó, nadie supo darme razón de él. Apenas podía hacerme entender con los vecinos tras los gritos desesperados que lanzaba una mujer desde una ventana del inmueble:

–¡Antonio, Antonio!

–¡¿Qué pasa?!

–¡Viste a tu padre!

–¡No! ¡Hoy no lo he visto en todo el día!

–¡Que vistas a tu padre, que si no, dice que se marcha en pelotas!

Y tras unos segundos de duda, el hombre resolvió:

–¡Ahora no puedo, me voy a catar!

–¡¿A Catar?! ¡Pero si eso está lejísimos!

–¡No! ¡A catar un vaso de vino, y enseguida lo visto!

Cuando ya estaba a punto de irme, apareció frente a mí.

–¿Qué haces por aquí, colega?

–Buscándote. ¿No me dijiste que vivías en el cuarto?

–En el cuarto, claro.

–¿En el cuarto piso?

–¿De qué vas, tronco? ¿Cómo va a ser en el cuarto piso? ¡Qué *demasiao*! ¡En un cuarto que ocupé ahí abajo! ¡Que no te empanas de *na*! ¡Ja, ja, ja! ¿Es que me has visto careto de vivir en un cuarto piso?

–Bueno, y te las apañas bien.

–Sí. Lo único por un *flipao* de arriba, que se la pasa amenazando con denunciarme a la pasma. Fíjate si es *pringao* el pavo, que el domingo pasado le invitaron a una boda y andaba por ahí fardando de haber comido un huevo. ¿Un huevo? ¡Pues vaya boda más chunga!

–No le hagas caso. Será un burgués que lo ha tenido todo de cara.

–¡Pasando, tío! Pero burgués, no; creo que el menda es de Valladolid.

–Bueno. Solo venía a traerte este otro pato para…

–¡*Dabuten*! ¡Tú sí que eres legal! ¡Qué *enrollao* que eres, *colega*! Para que siga con la *estafita*, ¿no?

–No te creas. Eso que tú haces no es estafa. Tú eres un muchacho noble obligado a desarrollar su ingenio para obtener lo que todos tendríamos que tener por derecho. Los verdaderos estafadores, los grandes estafadores, son los que dirigen la política, y los direc-

tivos de las grandes multinacionales que diseñan el funcionamiento del mundo a medida de sus intereses.

–Esos sí que matan patos, ¿verdad?

–Verdad.

EL CONDE DE *MONTACRISTOS*

EL CONDE DE *MONTACRISTOS*

–Perdone, ¿no tendrá usted unas monedas para la máquina del café? No sé cómo, pero me he quedado sin cambios.

–¡Nada!

–Nado muy bien. De hecho fui tres años campeón universitario.

–¡Hombre, enhorabuena! ¿Y después de esos tres años, qué ocurrió?

–Que me expulsaron de la universidad.

–¿Y eso, cómo fue?

–Pues ni yo mismo me lo explico, porque la verdad es que en esos tres años nunca llegué a entrar en ella.

–¿Y su padre y su madre?

–¿Mi padre y mi madre?, bien, gracias. ¿Pero es que usted los conoce?

–¡No, no! Le preguntaba que qué dijeron al respecto.

–¡Qué iban a decir! Imagínese, mi padre estuvo catorce años matriculado y sin pisarla. ¡Como para decirme algo a mí...!

–¿Catorce años, dice?

–Sí. Es que mi padre es muy exagerado. Pero para todo. Figúrese que calza el número 168.

–¿El 168? Entonces, tiene que tener un pie enorme…

–¡Ya lo creo! Con decirle que una vez montamos en una barca y tuvimos que meter la barca en su zapato, en lugar su zapato en la barca.

–Sabe, eso me recuerda a un campeonato de baloncesto que se organizó en mi barrio. No se pudo

dilucidar el campeón porque todos los partidos acabaron empate a cero.

–¡Pues sí que tenían mala puntería…!

–No, si no fue cosa de puntería; al final se descubrió que los aros de las canastas eran más pequeños que la pelota… No hubo forma, oiga; ¡ni con prórroga...! Pero volviendo a lo de su padre, ¿qué tal viaje hicieron?

–¡Ah!, muy bueno; lo único por el tufillo que se desprendía.

–¿Es que a su padre también le olían los pies?

–Mucho; pero solamente el derecho.

–Y siendo así, ¿por qué no metieron la barca en el zapato izquierdo?

–Porque de izquierdo nada más que calza un veintiséis, ¿comprende?

–¡Ya comprendo, ya comprendo...!

–¡Usted no comprende nada! ¿Qué va a comprender?

–¡Nada!

–Ya le he dicho que nado muy bien, que fui cinco años campeón universitario.

–Usted perdone, pero me acaba de decir que fueron tres.

–¿Cómo que tres, cómo que tres…? ¿Pero usted qué sabrá? ¿Es que acaso estuvo allí?

–Claro, si yo era el decano, ¿no se acuerda?

–Bueno, dejémoslo. No ha estado usted nada convincente.

–¿Cómo que no? Con Vicente, sin ir más lejos, estuve la semana pasada.

–¿Con qué Vicente?

–¿Con qué Vicente decía usted?

–No. Si yo no decía con Vicente. Decía CON-VIN-CEN-TE.

–Pues mire, también he estado con *Vincente*. Solo que de esto hará dos semanas. Por cierto, me dio recuerdos para usted.

–¿*Vincente* Palacios?

–No, *Vincente* Chamizo. Es que como le gustaba tanto ir al casino, perdió hasta el apellido.

–Y dígame, decano, ¿a usted aún le vive su padre?

–¡Uf! Eso es lo que le gustaría a él. Pero como trabaja de diez a dos y de cuatro a ocho, no tiene tiempo.

–Siendo así, le acompaño en el sentimiento.

–No se preocupe usted. Si apenas le siento. ¡Como casi siempre está fuera...!

–Y cambiando de tema, ¿usted qué esconde?

–Pues sí, soy conde. El conde de *Montacristos*. ¿Pero cómo lo ha adivinado? ¡Mire que trato de disimularlo...!

–Será el Conde de Montecristo.

–No, no. El Conde *de Montacristos*. Por *los cristos* que monto, ¿sabe usted?

–Si yo lo que le preguntaba es qué esconde, qué guarda en la maleta.

–¡Ah! ¿Que quiere saber lo que guardo en la maleta? ¡Ábrala usted mismo!

–¿Puedo?

–¡Sí, sí! Ábrala usted mismo. Tranquilamente. Tenga la llave.

–Traiga.

–¿Pero qué hace? ¿Qué hace con mi maleta? ¡Al ladrón, Al ladrón...!

–Estoy abriéndola. ¡Como usted me ha dado permiso...!

–¡¿Cómo que yo le he dado permiso?! ¡Usted lo que es, es un chorizo!

–¡Oiga, el chorizo lo será usted!

–Ve ahora por qué me llaman el conde de *Montacristos*. ¡Abra, abra! Con toda confianza. No sea tan quisquilloso.

–¡Pero si dentro lleva otra maleta...!

–Claro; es por si pierdo la de afuera. ¿Se da cuenta? Hay que ser precavido.

–Pero si pierde usted la de afuera, también perderá la de dentro.

–Eso también lo tengo previsto; ¡como soy decano…! Abra la segunda maleta. Tenga la llave.

–¡Pero si lleva usted otra maleta!

–Claro, ¿se da cuenta? Es por si a una mala perdiera las dos de afuera, aún me quedaría la tercera.

–Lo que le quiero decir es que si pierde usted la de afuera, perderá todas. ¡Como todas van dentro de esa...!

–Bueno, tampoco uno puede prevenirlo todo, aunque sea decano.

–Sabe, usted me agrada. Es un hombre correcto.

–Tiene usted razón. Soy un hombre correcto. Correcto y de mundo. Que no es lo mismo que con un recto inmundo.

–Oiga, eso que acaba de decir es una grosería. Seguro que no la habrá oído usted en su casa.

–No, en la mía no; en la suya, en la suya.

–¡Ah! Pues siendo así me callo. Le invito a tomar un café.

–Hombre, muchas gracias. Es un bonito gesto por su parte. ¿Pero no decía usted que no tenía cambios?

–Y no los tenía; pero por un casual encontré unas monedillas en su maleta.

LOS *COLOCAOS*

LOS *COLOCAOS*

A veces un malentendido puede beneficiarnos sin haber hecho nada para merecerlo o nos puede castigar de forma injustificada. Así ocurrió en esta historia protagonizada por Mariano, un muchacho víctima de las escasas posibilidades que nuestra sociedad ofrece a los jóvenes, y doña Engracia, su madre, con la que vivía en una barriada a las afueras de la ciudad.

Una mañana, doña Engracia, tropezó en la calle con Fernandito, un amigo de infancia de su hijo.

–¡Hombre, Fernandito, buenos días! ¡Cuánto tiempo sin verte…!

–Buenos días, doña Engracia, lo mismo digo.

–Te veo muy bien. Parece que te sonríe la vida. ¿Ya te colocaste?

–Sí, esta misma mañana. Con su hijo.

–¿Con mi hijo, Mariano?

–Con su hijo Mariano.

–¡Bah! Eso no puede ser verdad. ¡Si mi Mariano lleva diez años sin colocarse!

–Pues ya lo ve, doña Engracia. Esta mañana se ha *colocao.*

–¡Qué alegría me das, hijo! Esta noche le voy a hacer un recibimiento que no va a olvidar. Ahora mismo voy al supermercado a comprar champán y una tarta.

–Vaya, vaya, doña Engracia, que la cosa es para celebrar.

–¡Y que lo digas! Era lo último que me esperaba de mi Mariano.

A la noche llegó Mariano a casa, y su madre le recibió con una actitud inhabitual, que extraño al muchacho.

–Hijo, ¿ya llegaste?

–Sí, madre. Aquí estoy.

–Ya me he enterado por Fernandito que esta mañana te has *colocao.*

–¡Ah!, sí, madre, pero le juro que ya estoy *descolocao.*

–¿Cómo que ya estás *descolocao*? ¡Pues sí que te ha durado a ti mucho tiempo el trabajo! ¡Yo que te había comprado una buena tarta y una botella de champán…!

–Pues devuélvalo, madre, porque de nuevo estoy *descolocao*. Es que me contrataron para cubrir una baja; pero la persona enferma se recuperó de improviso y me volvieron a descolocar.

–¡Si ya me extrañaba a mí que con el fundamento que tú tienes…! En fin, ¿¡qué se va a hacer!? Mañana devolveré todo esto al supermercado.

–Al día siguiente, doña Engracia, volvió a encontrarse con Fernandito camino del súper.

–¡Ay, Fernandito! ¡Dichosos los ojos que te ven! ¡Qué disgusto tengo! A mi hijo ayer mismo le echaron del trabajo. Seguro que tú sigues *colocao.*

–Si, señora Engracia. Yo sigo *colocao,* ¡no sabe usted cómo…!

–¡Ya podía aprender mi Mariano de ti…! A ver si le puedes volver a colocar, que tú tienes más fundamento que él.

–No se preocupe, que yo mañana, a su Mariano, le vuelvo a *colocar*.

–¿Seguro? ¡Es que no sé qué me dijo de un chico que estaba enfermo, pero que se recuperó a última hora…!

–No haga usted caso, doña Engracia. Déjelo de mi cuenta. Yo le aseguro que mañana su Mariano se vuelve a *colocar* conmigo.

–Muchas gracias, Fernandito. Tú sí que vales. Ojalá mi Mariano se pareciera, aunque solo fuera un poco, a ti.

–No se preocupe usted. Acabará pareciéndose.

Por la tarde, doña Engracia fue a la iglesia, como todos los días a esa hora, y en la puerta se tropezó con el padre Facundo.

–Buenos días, hija, ¿qué tal te encuentras hoy?

–Ay, padre, pues con un disgusto muy gordo. Resulta que mi hijo se colocó ayer con Fernandito, pero para la noche ya había perdido el trabajo. Su amigo me ha asegurado que mañana le vuelve a colocar, pero yo no sé qué pensar, porque de mi hijo ya no espero nada bueno.

–¿Con quién dices que se colocó?

–Con su amigo Fernandito.

–¿Con Fernandito, el hijo de la Benita?

–Con ese mismo, padre.

–¡Uy, hija! ¡Que me parece que ya sé por dónde van los tiros! Siéntate que te voy a explicar qué significa eso de *colocarse* para los jóvenes.

El padre Facundo explicó detalladamente a la buena de la señora Engracia todo lo que encerraba el término *colocar* en nuestros días, y al finalizar su exposición, añadió:

–Pero no se lo vayas a tomar muy en serio. Son cosas de los muchachos de hoy. No hay que darle más que su justa importancia, y tener un poco de paciencia.

–No, padre, no. Si *colocarse* es eso que usted dice, no son solo cosas de los muchachos de hoy, que mi padre también llegaba todas las noches a casa bien *colocao.* Pero este hijo mío se va a enterar. No sabe la que le espera cuando venga a cenar.

Mientras esto sucedía en la iglesia, Mariano recriminaba a su amigo en un banco de un parque:

–Pero ¿cómo le has podido decir a mi madre que me había *colocao*? Ella entendió que me había buscado un trabajo, y me preparó una fiesta de celebración; pero hoy ha tenido que devolver todo lo que compró. Me tuve que inventar una historia para desenmarañar el asunto. ¡Menuda gracia!

–Y aún no sabes lo más gracioso.

–Sí, ¿qué?

–Que hace unas horas la volví a ver y le dije que mañana te vuelvo a *colocar*.

–¿¡Qué me estás diciendo!? ¿¡Qué le has dicho, qué!? ¡Desgraciado! ¿¡Es que me quieres arruinar la vida!? Ahora tendré que buscarme un curro de verdad, si no, no me dejará ni dormir en casa.

–Ya pensé en eso. Escucha, sé de un chalet en el que buscan paseadores de perros. Pagan cuatrocientos euros al mes por pasearlos dos horas al día. Total, pasear es lo único que sueles hacer, o sea, que no te costará nada.

–Mira, pues a lo mejor no es tan mala idea. Eso arreglaría el problema con mi madre y, encima, me ganaría un dinerito; tan solo por pasear un par de horas con unos chuchos.

Minutos después, en los jardines del chalet, don Avelino, el dueño, le confirmaba a Mariano:

–Está usted quince días contratado a manera de prueba. Si pasados estos quince días estamos todos contentos, el trabajo es suyo, ¿de acuerdo? –le propuso.

–De acuerdo, señor, no lo lamentarán, ni usted ni sus perros. Mañana a las once estoy aquí como un clavo.

–Menuda sorpresa que le voy a dar a mi madre esta noche cuando llegue y le diga que estoy *colocao* –vaticinó entusiasmado Mariano a su amigo Fernandito.

–Mejor dile: «¡Madre, vengo colocao!». Pero así, bien fuerte y bien vocalizado: «¡Madre, vengo *colocao*!». Con el *colo* antes del *cao.*

–¿Y eso, por qué?

–Tú hazme caso a mí, que yo de esto entiendo. Son cuestiones semánticas que no comprenderías.

–Está bien, te haré caso: «¡Madre, vengo colocao!», con el *colo* antes del *cao*. Estoy deseando que llegue ese momento.

–Por fin llegó la ansiada hora. Mariano introdujo la llave en la cerradura y la giró hacia la izquierda, empujando la puerta y accediendo posteriormente al interior de su domicilio.

–¡Madre, vengo *colocao*!, gritó nada más entrar, tal y como le había sugerido su amigo Fernandito.

–¡Ya te voy a dar yo a ti *colocao*! –le sorprendió doña Engracia, arreándole un sopapo que sonó dos pisos más arriba.

–¡Pero, madre, si vengo *colocao* de verdad!, ¡con el *colo* antes *cao!*

–¿¡Con el *colo* antes del *cao*!? Encima con cachondeo, ¡sinvergüenza!, ya vas a ver…

–Madre, deje el atizador en el fuego, que me va a hacer daño, ¡ay! Por favor se lo pido, ¡ay! ¡Socorro!

–¿Socorro? ¡Que sepas que ya don Facundo me ha explicado qué significa eso de estar *colocao!*

–Que no, madre, que esta vez es de verdad, que lo otro ya pasó. Mañana tenía que ir a sacar a pasear a

unos perros, pero ya no sé si podré ir, porque me ha descalabrado usted las piernas.

–Eso sí que no. Siendo así, tú vas a trabajar, aunque sea descalabrado; y los mamporros que te has llevado se los debes a don Facundo, que también se podía limitar a repartir hostias consagradas, y no a liar a la gente como me ha liado a mí.

–Sí, madre, pero a mí, no, que bastante *con sangradas* me las ha dado ya usted.

NOTA DEL AUTOR: No se explica cómo el sopapo que le dio doña Engracia a su hijo Mariano pudo sonar dos pisos más arriba, ya que residían en la última planta del inmueble. ¡Se oye cada cosa…!

EL JUICIO

EL JUICIO

–Mire, mi señoría…

–Mi señoría, no, su señoría.

–Perdón, su señoría, mire. Yo fui a la empresa de este señor en busca de curro, ¿vale? Me recibió en un carro de ruedas porque había tenido no sé qué accidente unos días antes, me pidió que le diera unas vueltas, se supone que por el despacho, mientras hablábamos. Yo le di esas vueltas, pero el colega se mareó y me mandó parar. Entonces paré, y me dijo que estaba contratado. Pero ahora se desdice y se niega a darme el curro que me prometió.

–No, su señoría. La cosa no fue exactamente así. Él se presentó en mi empresa solicitando empleo. Yo, que había sufrido un percance unos días antes y me encontraba convaleciente en una silla de ruedas, le di-

je que me diera unas vueltas, se entiende que por los jardines de la fábrica, mientras hablábamos, pero el muy imbécil comenzó a darme vueltas por el despacho, hasta que me mareé y le pedí que lo dejara. Entonces le dije: «Estás atontado», pero nunca que estaba contratado.

–Eso es lo que dice ahora, mi majestad, digo mi señoría.

–¡Su señoría!

–Eso, su señoría. Pero que diga si no es verdad que después de darle esas vueltas, me dio las gracias. ¿A ver, por qué me dio las gracias? ¿Eh? ¡Que conteste, que conteste…!

–Yo no te di las gracias; te dije que eras una desgracia.

–Y por qué me pidió perdón por las molestias. ¡Que conteste, que conteste…!

–Yo no te pedí perdón por las molestias. Te dije que eras un bribón y una bestia. ¡Es que este hombre entiende todo al revés!

–Llegados a este punto –concluyó el juez–, está claro que aquí alguien distorsiona la realidad. Les daré a ambos un escrito para que lo lean y me digan seguidamente lo que, según ustedes, pone. Así sabré quién es el que transmite la información más verazmente de los dos.

El empresario leyó mentalmente el texto, y a continuación lo reprodujo verbalmente, tal y como estaba escrito:

«La Justicia velará por los derechos de los más vulnerables.

Este principio no se cuestionará. Jamás

se priorizarán los intereses de los poderosos».

El joven candidato repitió el ejercicio:

«Se priorizarán los intereses de los poderosos.

Este principio no se cuestionará. Jamás

la Justicia velará por los derechos de los más vulnerables».

El juez, tras valorar la prueba, emitió su fallo en favor del patrón.

–No podía ser de otra manera. Todo estaba muy claro –respiró aliviado el empresario.

–¡Protesto, mi señoría! –se indignó el joven–. ¡Con razón decía usted que iba a emitir el fallo! ¡Y menudo fallo! ¡Todo a favor del mejor pastor!

–¡Trescientos euros de multa por desacato!

–¿Por qué?

–Por desacato.

–¡¿Por desatasco?! ¡Oiga, que aquí ya estaba todo atascado cuando llegué yo!

Pero como bien saben mis lectores, las cosas no siempre son lo que a primera vista parecen. Si aún no se han dado cuenta, lean el primer escrito leído por el empresario desde abajo hacia arriba, y respetando los puntos. En realidad, las dos afirmaciones estaban contenidas en la misma nota. Pero ¿quién la interpretó correctamente? Juzguen ahora ustedes.